

LA BALADA DEL SUICIDA

MAICA RIVERA

Viste como un espantapájaros. Y dice que es el suyo un “oficio de ángel”. Miente como un bellaco, como sólo puede mentirse desde el infierno. Porque si algo toma el narrador de algún ángel, acaso será del Exterminador si no directamente del Caído: lo que ejecuta en estas páginas es exclusiva, limpia y literalmente un “oficio de tinieblas”. El eco de su voz espectral nos cuenta con detalle cómo ejerce en Paraíso Alto, una suerte de limbo o pasaje de tránsito que atraviesan los suicidas antes de que los entierre, una región inhóspita con geografía de pueblo abandonado y “calles barridas por la desolación”, una tierra fantasmagórica que deviene en estadio espiritual. Aquí, de lo atmosférico a lo íntimo en línea recta, llegaríamos directamente a la Comala de Juan Rufo, de cuyos susurros desasosegantes resulta Ordovás más que digno heredero. Pero sus artes, las *–maleficorum–* de Ordovás, son más oscuras que todo lo rulfiano junto, la mirada que nos devuelven sus abismos esconde “la sonrisa del ahorcado”. Y cuando así nos lo explicita, notamos escalofríos, más intensos ante sus reflexiones torcidas que frente al baile de máscaras mortuorias al que con tanto desparpajo nos invita: una muchacha con cicatrices en las muñecas que camina con las manos (nos da por pensar que a tan

Lo mejor se encuentra en la primera mitad del libro. Hasta entonces pensamos que la lectura será insoportable: de tanto dolor y tanta belleza intuidos

solo una contorsión de distancia de la Reagan-araña del *Director's Cut* de *El Exorcista*), un viejo mago fogado de una residencia que se aparece con luz de naufragio, un flautista cuyo instrumento está hecho

JULIO JOSÉ ORDOVÁS

Paraíso Alto



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

de hueso de ala de buitres, un camarero de bigote nietzscheano, un Pierrot borracho que habla como un personaje de Shakespeare, un melancólico barrendero zaragozano... y, montada en su caballo Fausto, Ángela, tal vez el amor de su vida, el amor perdido de una vida, o, más bien, el fantasma de su fantasma.

“No conjures espíritus si no eres capaz de controlarlos” es la terrible advertencia, amenaza o maldición que le cae al lector desde un escenario que a veces parece un aquelarre prefabricado para un *spaghetti western* de serie B. Otras veces, las más, hiere la ironía de Ordovás. Cuando dice cosas como “la estación de las flores es la preferida por los suicidas”. También es lacerante su desdén. Cuando suelta, por ejemplo, que Carmen “huele a cabra vieja” o que son los murciélagos, y no las golondrinas, los que anuncian la primavera. Por momentos, esta extraña historia, suspendida en el espacio y en el tiempo, nos parece el negativo de una foto tomada al San Manuel Bueno Mártir de Unamuno, con sus simbolismos

como el del nombre de “Lázaro” para el último alcalde del pueblo, cuyo diario de noviembre nos trae, asimismo, reminiscencias del cuervo de Poe a través de esa urraca que le desespera porque le despierta todas las mañanas martilleando con su pico el cristal de la ventana.

Todo lo que invoca Ordovás son malos augurios, incluido el “viento amarillo” de tormenta. Y entre lo ominoso, deja un lamento para navegantes y poetas: “Dejé de silbar al mismo tiempo que dejé de rezar y escribir”; y sugerencias siniestras por doquier. Los lectores más jóvenes podrían transmutar la del narrador en la figura de Slenderman. La generación de Ordovás, más encaminada, tal vez pudiera llegar a ver él a Henry Kane, el demonio disfrazado de predicador de *Poltergeist 2*. Mientras se mantiene de fondo con buen pulso un tañido fúnebre que anuncia con acento apocalíptico el reinado de la serpiente, es decir, de lo diabólico, sobre la Tierra, al que se une el coro de voces abisales, “que sólo encuentran consuelo en la desesperanza”. Camino de la tumba, entre todos tratan de convencernos de que llevamos un pequeño cementerio en nuestra cabeza, e intentan llenármola de “plantas trepadoras”. Como una revelación nos llega que lo mejor, y más dramático, de esta pesadilla se encuentra en la primera mitad del libro. Porque hasta entonces pensamos, y cómo lo gozamos, que la lectura será insoportable: de tanto dolor y tanta belleza intuidos. Ordovás es un poeta verdadero, porque baila con la muerte. Lo es, queda claro, porque las primeras páginas respiran lírica. Y tal vez resulte muy paradójico, pero de trasfondo, muy al fondo, vemos en su canción letal, en su danza mortífera, una nostalgia de paraíso perdido.

PARAÍSO ALTO

Julio José Ordovás

Anagrama. Barcelona, 2017
136 págs. 16,90 €